

Descubrimientos y cartografía Tahití

Mariano CUESTA DOMINGO

La expansión ibérica tuvo una dinámica, unas trayectorias, unos obstáculos y unas resoluciones que, con la participación de una abigarrada multitud de protagonistas, alcanzó extraordinarios hitos culturales, antropológicos, económicos, técnicos o, en un concepto erosionado por el mal uso, históricos. Desde 1494 los derroteros seguidos por las potencias ibéricas fueron antagónicos y permitieron que, andando el tiempo, la corona de Felipe II abrazara el mundo. Portugal, proyectándose, fundamentalmente, hacia el Índico; España, por el Atlántico. Ambas pudieron verificar, a principios de la segunda década del XVI, en sus límites más lejanos, que los separaba una inconmensurable área acuática, el *Mar del Sur*. Era lo que llegaría a mostrarse como el océano más grande, cuya arribada de naves españolas había estado vedada por un formidable «obstáculo» (el Nuevo Mundo); un océano que a comienzos de la segunda década del siglo, sobrepasada la masa continental, la *Quarta Orbis Pars*, se constituyó en la última gran frontera. Su acceso a la náutica lusa estaba sencillamente dificultado por la distancia y demás obstáculos entorpecedores, se encontraba en su último límite. En todo caso fue objeto de multitud de expediciones de descubrimiento y exploración con una resultante cartográfica y toponímica de interés.

EL OCÉANO PACÍFICO, ÚLTIMA FRONTERA HISPÁNICA

Desde sus inicios, la expansión hispana tomó como punto de mira la *Especiería* aunque era considerada como un espacio más indefinido que impreciso si cabe, en el lejano Oriente, valga la aparente contradicción. El hallazgo del «paso» se mostró en la cartografía de la Casa de la Contratación, una cartografía que era ilustrada con la ida y retorno de las naos y galeones hacia o desde las islas de las especias (fig. 1), las *Molucas*; se desarrollaban unos derroteros por el *Mar del Sur* que fueron vistos, hiperbólicamente, como trazados por un ámbito exclusivo de una potencia bajo

una expresión eufónica y no poco pretenciosa: el Pacífico como «lago español»¹.

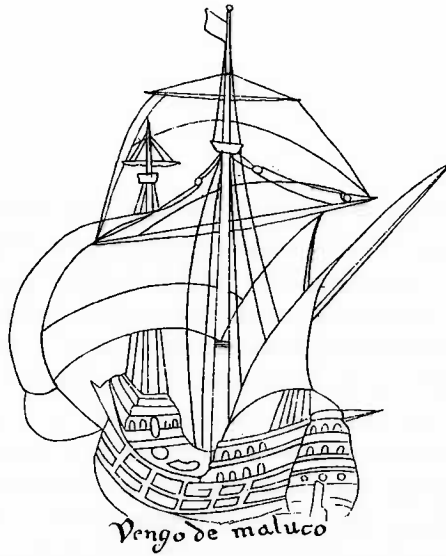


Fig.1: Ilustración en la Carta Universal de Diego Ribero, 1532 (Museo Vaticano).

La parábola, más que hipérbole, quería exhibir un predominio español en el mayor de los océanos, cuyas aguas quedaban enmarcadas entre la fachada americana, las islas Filipinas y los conjuntos insulares que fueron descubriéndose al impulso de las naves hispanas primero, con base de partida en la Península o en los virreinos americanos, además de otros protagonistas europeos, posteriormente. Era un ámbito desmesurado en el que proyectaba, además, una tendencia a la búsqueda de la «Terra Australis» como uno de los últimos «finis terrae» en esa continuada y multiseccular ampliación de horizontes geográficos que llevaron a cabo descubridores y exploradores.

Como centro geográfico de aquellos espacios descubiertos fue emergiendo un archipiélago de extensión pequeña, Tahití, que ha llegado a adquirir notas legendarias y hasta míticas, que tiene una sonoridad exótica y que, a pesar de la inter-

¹ VV.AA.: *El Pacífico Español, de Magallanes a Malaspina*, Madrid, 1988; *Descubrimientos españoles en el Mar del Sur*, Madrid, 1992.

nacionalización de las rutas del mar, nunca llegó a ser consolidada su propiedad y pertenencia mediante una acción colonizadora en toda regla, al estilo de las *Indias Occidentales*. El archipiélago careció de punto alguno de analogía con las islas atlánticas, antillanas, si se exceptúa la catástrofe demográfica que fue similar, por razones parecidas; no obstante, sí fue objeto de alguna atención exploradora juntamente con el conjunto de archipiélagos circundantes y, como consecuencia, la cartografía y la toponimia de la época lo evidencian. En aquellos tiempos fue configurada la magnitud del gran océano y quedó patente un inmenso vacío insular en grandes ámbitos del Pacífico, sin embargo la ampliación de las actividades, especialmente desde el virreinato limeño; fue desvelando la presencia de tierras y hombres que, a partir de Oceanía, desde la Polinesia, contribuyeron a enriquecer la cultura occidental.

Así pues, a lo largo del siglo XVIII aquel lejano océano fue objeto de atención prioritaria. Lo fue para las potencias navales del mundo. También para España, que ya no lo era; situada a la defensiva, en una pretensión de mantener las mejores posiciones posibles. Sus relaciones con las otras coronas europeas se hallaron condicionadas por un hundimiento de la marina que había conducido a su desprestigio ante los propios súbditos que reaccionaban con notables dosis de sarcasmo².

Por consiguiente, sobre el océano Pacífico se efectuaron interesantísimas expediciones (genéricamente consideradas y denominadas «científicas») de la mayor importancia política, estratégica, técnica y económica; fueron multitud de viajes por aquellos mares del sur de connotaciones paradisíacas que han sido potenciadas a lo largo del siglo XX, en ámbitos particularmente acogedores, hospitalarios y receptivos para el hombre occidental; sobre unos medios absolutamente dispares a los reconocidos casi en exclusiva por los misioneros en el continente americano. También continuaron efectuándose en latitudes más septentrionales del propio gran océano hasta penetrar en el ámbito conocido como Extremo Oriente.

Fue una acción protagonizada por marinos ilustrados e incluso marinos transformados en religiosos, por aventureros devenidos en marinos y por científicos

² Unos versos anónimos (*Biblioteca Nacional de Madrid*, Manuscritos, 3967, 485) son ilustrativos de lo que ahora se denominaría opinión pública sobre el gobierno y sus pactos: «Por un Pacto Familiar,/la espada desembainó,/y al verse así se creyó/que iba el mundo a conquistar./Mas ya la bolvió a envainar/después de avernos perdido/un ejército lucido,/una marina eminente,/mucho caudal, mucha gente,/y La Habana sin honor./¿Y en cuanto tiempo, Señor?/En seis meses solamente».

de todas las ramas del saber. Fueron organizadas por compañías comerciales y por Coronas, en una época (especialmente 1713-63) sin graves conflictos en las rutas del mar habida cuenta que, ante la indefensión hispánica los demás pretendían apoderarse de sus establecimientos en ultramar, capturar algún rico galeón, desestabilizar la organización hispano-indiana, maximizar el lucro, controlar las rutas del mar y los puntos estratégicos de la navegación. Es un tiempo en que se llegó a hablar de «la gran familia europea» (Voltaire), una familia donde lo de uno (España) se miraba como botín, y hasta se mencionó la expresión diplomática de «paz perpetua» (Walpole, 1730). Por consiguiente la cooperación internacional era fácil y las Academias abrían sus puertas a sabios sin distinción de fronteras (las de China se hallaban bien clausuradas); en ellas el latín se hallaba en declive y el francés lograba su máxima expansión.

Constituyeron acciones que tuvieron un alto valor de descubrimientos geográficos y puesta en contacto con grupos humanos que, ineludiblemente, pagaron cara su incorporación a la historia universal, la consabida y ya apuntada catástrofe demográfica en el contacto con los europeos. Y, cómo no, en esa actividad y sobre aquellos espacios también estuvieron presentes los hombres de la Iglesia (los jesuitas y otras Órdenes se habían hecho presentes en Japón, Filipinas, etc.) y, entre ellos, los de la Orden seráfica.

A comienzos del siglo merece ser recordado el padre Feuillée, OFM. (de los Mínimos). Era un apreciado matemático y buen botánico que realizó importantes observaciones en el mar Mediterráneo y después fue a las Antillas donde compartió la vida con filibusteros, viajó también por las costas meridionales del Pacífico americano. Su vida no deja de tener unas notables dosis de aventura y en compañía de Doublet (capitán del barco y marino ilustrado que escribió un atractivo diario) realizó un magnífico trabajo de herborización en Chile y Perú; en 1711 tornaron a Francia con un rico tesoro científico de descripciones, mapas y colección de plantas y otros especímenes a más de observaciones astronómicas del mayor interés. La rivalidad franciscano/jesuita en Roma daba algunos frutos tan interesante como éste.

Y es que la exploración de la Tierra se hallaba en una fase alejada de la época heroica de los descubridores y conquistadores como los de comienzos del siglo XVI; algún individuo testimonial sobrevivía como testigo de elementos extinguidos, fuera de tiempo y lugar en una nueva Era caracterizada por la minuciosidad, el cálculo, el éxito seguro; no se busca «eldorados», especias u oro, aunque perviven utopías y mitos, como los perseguidos por Raleigh. Los que mandaban eran burgueses que temían a Dios pero buscaban seguridad, regularidad

en la comunicación, conocimiento y control de mercados y rutas, que no dudaban en explotar al hombre; son gentes asesoradas por gentes preparadas, interesadas por la naturaleza.

Gentes que, en pos de beneficios económicos o expansión política o territorial, no dudan en enviar a sus hombres hasta el último fin del mundo, sea en los polos, en espacios equinociales, en las antípodas, haciendo viajes de circunnavegación o buscando y compitiendo por micro islas en el *finis terrae*. Las islas del Pacífico se incorporaron merced al esfuerzo, abundante y continuado de aquellos hombres; Australia también, pero de forma diferente y con posterioridad.

Mención especial cabe hacerse de una de las expediciones españolas enviadas desde el virreinato peruano. La comandada por Boenechea. Tomó posesión de la isla de Pascua, fundó una pequeña colonia, recorrió varias islas del archipiélago de *Tuamotu* y *Sociedad*, descubrió las islas de *San Simón*, del *Cerro San Cristóbal*, *San Judas*, *San Quintín*, para alcanzar *Tahití* en 1772. Fundearon y cartografiaron la isla que denominó de *Amat*, también lo hizo en la isla de *Morea* o *Santo Domingo*³ para regresar a Valaparaiso (1773).

Es de destacar aquí, y por eso se trae a colación estas cuestiones, que el teniente de la fragata «Gayangos», el piloto Rosales y, sobre todo, fr. José Amich, que había sido piloto de la Armada antes que fraile, bojearon la isla en seis días y dibujaron su perfil (fig. 2). La obra cartográfica de esta expedición en la que la participación del padre Amich es clara aunque no suficientemente valorada, tiene una gran importancia y una notable belleza⁴.

En 1774 los franciscanos fueron llevados a ejercer su acción misional a las islas del mar del Sur y su celo religioso no les impidió proseguir en sus aportaciones geográficas y de valor etnográfico. Los padres Francisco Menéndez e Ignacio Vargas concluyeron en 1780 su informe que lleva por título: «Noticias prácticas e individuales de las islas nombradas vulgarmente de *Otahití* o *Carolinas*,

³ Posiblemente la llamada *Duque de York* por Wallis.

⁴ Forman la carpeta del Pacífico, *Museo Naval de Madrid*, LIV-B. A falta de su definitiva clarificación de todos los mapas resultantes, es verosímil que muestren el trabajo de Amich las siguientes cartas: 34. Santa Cruz de Djabatutira; 35. Id. diferente; 23. Isla Oteieti (22 islas) 1772; 31. Princesa y puerto Escondido. También existen algunos en el Archivo General de Indias así como relaciones de viaje del propio franciscano, objeto de estudio para B. CORNEY (*The quest and occupation of Tahiti by emissaries of Sapin during the years 1772-1776*, Londres, 1913), Centro Geográfico del Ejército, Madrid, Cartoteca, LM-9.ª-1.ª-a-227; archivo: Arm. J, tola 8.ª, cpta. 3.ª, n.º 28. (Existen dos ejemplares; uno de ellos procede de la colección Rico y Sinobas, n.º 32).

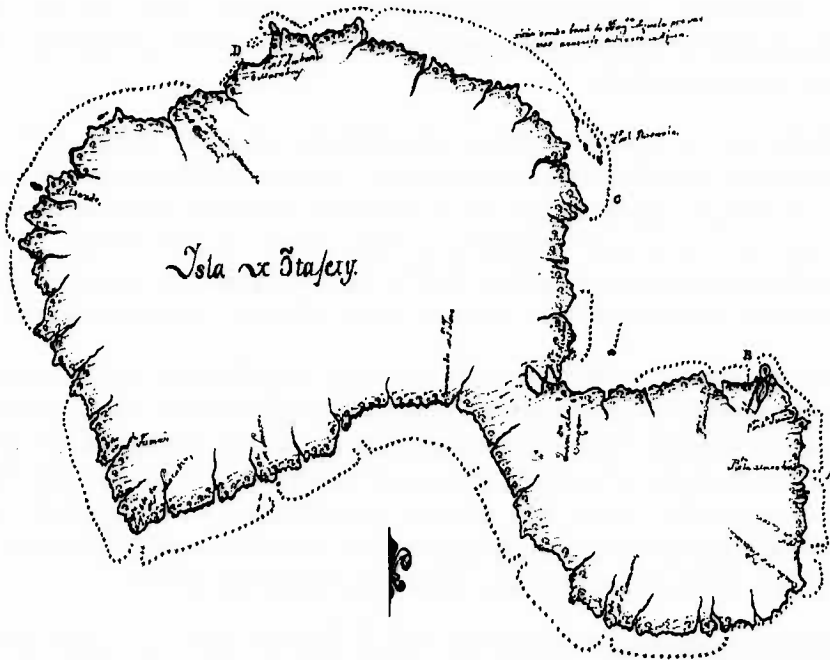


Fig. 2.

situadas en el mar del Sur o Pacífico». Pero ya antes se había escrito un «Extracto de la Expedición que en el año 1774 se hizo desde el Puerto del Callao de Lima a las islas de *Otahití*, conduciendo a ellas a los Religiosos Misioneros de Nuestro Padre San Francisco, para que procurasen la reducción de aquella gentilidad»⁵.

La exclusividad española fue imposible de mantener; las potencias competidoras fueron incrementando su capacidad náutica al mismo ritmo que la náutica española decaía⁶ por más que preclaros varones de la marina y la política trata-

⁵ El diario va seguido «De los acontecimientos particulares en el puerto de Santa Cruz de Ojatitira, al regreso de la isla de Orayatea», y de otra extracto más con el título «De lo que experimentaron los religiosos misioneros fr. Gerónimo Clota y fr. Narciso González en los indios gentiles de la isla de Otahití, e inmediatas, desde el 28 de enero de 1775 en que se situaron en ella, hasta el 12 de noviembre del mismo año que se retiraron para el puerto del Callao de Lima, según consta del Diario que entregaron al Excelentísimo Señor Virrey del Perú».

⁶ M. CUESTA DOMINGO: «Fronteras abiertas y crisis de crecimiento. América del Sur en tiempos de la Guerra de Sucesión», *La Guerra de Sucesión en España y América*: 324-347, Ed. C. General Castaños, Madrid, 2001. La acción inmediata de Anson (1740) para ocupar las plazas españolas en la América pacífica, sublevar a los residentes y apoderarse de las riquezas del galeón de Manila fue muy ilustrativa para reconducir los intereses de su reino por rutas de enriquecimiento.

ron de mantener la potencia naval española y, sobre todo, la acción en el área circunmagallánica; la segunda mitad del XVIII fue prolífica en expediciones⁷. La actividad de los navegantes europeos, no españoles, en la segunda mitad del siglo XVIII, por estas aguas fue trepidante y cuya simple enumeración resultaría prolija; nombres tales como Byron, Wallis, Carteret, Bouganville, Cook, La Pérouse, Entrecasteux, Vancouver, Baudin y otros más forman un elenco particularmente notable; como ellos hubo otra serie de expediciones españolas no menos importantes de las que la de Malaspina y la denominada «filantrópica de la vacuna» no son más que dos de las últimas.

El último comienzo hispánico proviene de antiguo, los estímulos producidos por las noticias sobre el Pacífico (existencia de un continente austral e islas maravillosas) difundidas por Sarmiento de Gamboa; el gobernador García de Castro organizó una importante expedición que capitanearía Álvaro de Mendaña y entre cuyos tripulantes se contaría con el propio Sarmiento de Gamboa.

Partieron de El Callao (9 de febrero de 1567) y rumbo al oeste viraron reiteradamente, lo que les impidió descubrir Australia, alcanzando, sin embargo, la isla de *Santa Isabel* o *Samba*, del archipiélago de las *Salomón*, pensaban que era el antiguo *Ophir*. Construyeron un bergantín y prosiguieron los descubrimientos: *Malaita* o *Ramos*, *Guadalcanal*, *Bauro* o *San Cristóbal*, *Isabel*, etc. Frustrado su interés por el oro y las especias pusieron rumbo al norte para pasar por las islas *Marshall*, arribar a Nueva España (1569) y rendir viaje en Perú. Mendaña obtuvo una capitulación (1574) por la que se le nombraba Adelantado y gobernador de las islas y nuevamente partió (1595) con el apoyo del Virrey Francisco de Toledo y con una lucida expedición formada por seis naves y nada menos que 378 entre tripulantes, soldados, mujeres (entre ellas Isabel Barreto, la esposa de Mendaña), etc., teniendo a Fernández de Quirós⁸ como piloto. Descubrieron las islas *Marquesas* de Mendoza (topónimo en honor al Virrey), prosiguieron en busca de las *Salomón*, donde moriría el propio Mendaña incrementándose la indisciplina e iniciando un extraordinario viaje por el Pacífico.

⁷ En Patagonia: Perler (1767), Piedra (1778), Viedma (1778), Clairac (1789), Elizalde (1790), Moraleda (1792), Gutiérrez Conche (1794); en Tierra de Fuego: Pando (1768); en el estrecho de Magallanes: Córdoba (1788).

⁸ *Historia del descubrimiento de las regiones australes hecho por el general Pedro Fernández de Quirós*, Ed. de Justo Zaragoza, Madrid, 1876-1882. Es verosímil que el texto fuera escrito por Luis Belmonte Bermúdez.

Quirós pretendió realizar su propia expedición, lo que por una larga vía obtuvo de Felipe III⁹ e, inmediatamente, se presentó en Perú, al conde de Monterrey; de él obtuvo un importante apoyo: le proporcionó tres barcos pertrechos y 300 hombres para la exploración, y semillas y animales, para la colonización (iban también seis franciscanos). Pretendía descubrir la Tierra Austral que suponía hallarse al Sur de Nueva Guinea e islas descubiertas por Mendaña y donde esperaba hallar todo lujo de riquezas. Personaje idealista y fantasioso trató de imprimir a la expedición un fuerte sentido misional e incluso él mismo vistió el hábito franciscano.

El 21 de diciembre de 1605 zarparon de El Callao hacia aquellas islas descubiertas por Mendaña y también viraron con frecuencia de modo que hasta transcurrido más de un mes no descubrieron ninguna isla. Arribaron a las *Pomotú* nombrada a una de ellas *San Pablo*; navegaron junto a otra que denominaron *Sagitaria* (de las *Tahití*) para pasar por la de *San Bernardo* o *Danger*, la *Peregrina*. La ruta prosiguió con dificultades sin cuento, náuticas y de supervivencia¹⁰ hasta descubrir algunas islas, entre ellas *Australia del Espíritu Santo* y proseguir su biografía como principio de la decadencia náutica hispana en el Pacífico Sur.

Se habló de una primacía en el descubrimiento de *Tahití* por parte de Fernández de Quirós (febrero 1606) cuando estuvo entre las islas de *Tuamotu* o *Pomotu* pero se acepta como descubridor del archipiélago a Wallis (1767) abriendo la ruta para posteriores singladuras de Bouganville (1768) y Cook (1769).

Esta actividad política con apariencia científica, estudiar el paso de Venus, por ejemplo, estimuló la búsqueda de un sistema defensivo del Pacífico y uno de los pasos interesantes fue la orden dada al Virrey del Perú, Manuel de Amat, para que prosiguiera la actividad descubridora en el Pacífico¹¹. Así en 1770 Felipe González Haedo y Antonio Domonte alcanzaron con sus dos barcos «San Loren-

⁹ Llegó a España en 1600 y prosiguió a Roma donde habló con el embajador español que le consiguió una entrevista con el Papa Clemente VIII y de éste una carta de presentación para el Rey.

¹⁰ Ver F. LÓPEZ-RÍOS FERNÁNDEZ: *Medicina naval española en la época de los descubrimientos*, Labor, Madrid, 1993.

¹¹ J. DE ANDÍA Y VARELA, CLOTA Y GONZÁLEZ: *Relaciones*. MN. ms. 208. J. ANDÍA Y VARELA: *Relación del viaje hecho a la isla de Amat*. Barcelona, 1947; V. RODRÍGUEZ CASADO y F. PÉREZ-EMBED: *Memoria de gobierno del Virrey Amat (1761-1776)*, Sevilla, 1947; A. SAENZ-RICO: *El Virrey Amat. Precisiones sobre la vida y la obra*, Barcelona, 1967; G. CÉSPEDES DEL CASTILLO: *Lima y Buenos Aires. Repercusiones económicas y políticas de la creación del Virreinato de La Plata*, Sevilla, 1947.

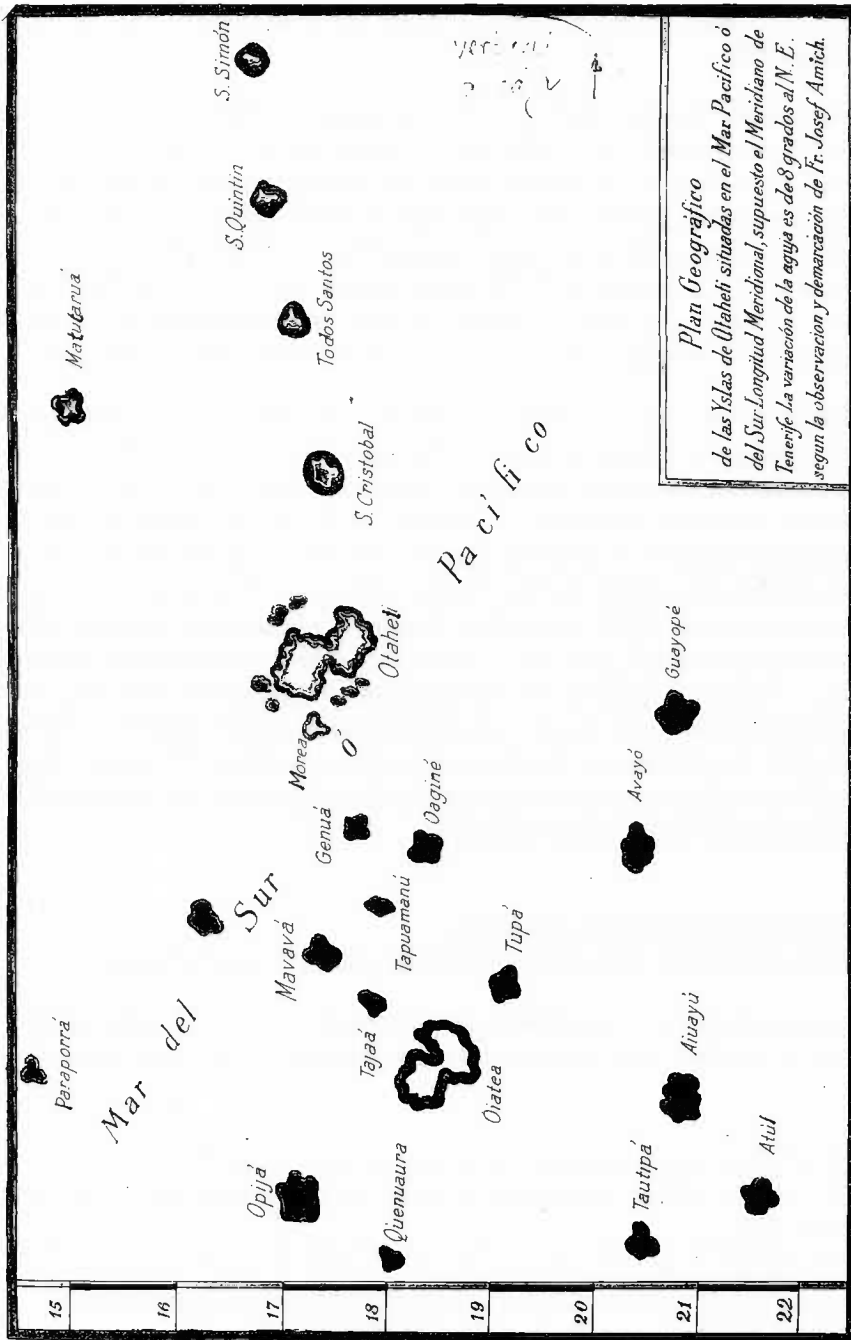


Fig. 3

zo» y «Santa Rosalía» la isla de *Pascua* a la que denominó *San Carlos* en honor del rey Carlos III.

La exploración fue continuada por el ya mencionado Domingo de Boenechea con una fragata («Águila») en la que iba el famoso padre José de Amich, OFM, cartógrafo, con objetivo en la isla de *Pascua* que no llegó a tocar; Boenechea descubrió las islas de San Simón y San Judas, San Quintín y algunas más de los archipiélagos de *Tuamotu* y de la *Sociedad*, para arribar a *Tahití* (la *Rey Jorge* de los ingleses) el 8 de noviembre de 1772 (había partido de El Callao el 26 de septiembre) e imponer el nombre de *Amat* a la isla. Finalmente ancló en la isla de *Moore* a la que él denominó *Santo Domingo* para rendir viaje en Valparaíso.

El Virrey Amat leídos los diarios del capitán, del fraile y de otro tripulante, preparó otra expedición que encomendó de nuevo a Boenechea (1774); su objetivo era fundar una factoría y una misión franciscana (Jerónimo Clota y Narciso González)¹². Pasó por *Tuamotu* y encontró en la isla de *Todos los Santos (Anna)* la señal de toma de posesión que dejó Fernández de Quirós: la cruz que hincó Quirós en *Conversión de San Pablo*; finalmente, tomó posesión de *Tahití* el uno de enero de 1775 y estableció la misión a la par que establecía alianzas con los jefes locales¹³, pero en el mismo mes falleció en aquella isla pasando el mando a Tomás de Gayangos¹⁴ que concluyó el viaje en El Callao (fig. 3)¹⁵. Amat envió el mismo año a Juan Cayetano Lángara¹⁶ que cosechó el fracaso evangelizador franciscano en *Tahití*, recogiendo a los frailes. El nuevo Virrey, Guirior, dio la espalda a aquellos intereses por *Tahití* por más que recibiera órdenes expresas desde España para proseguir.

UN PROTAGONISMO EXPLORADOR; ECLESIAÍSTICOS EN LOS DESCUBRIMIENTOS Y CARTOGRAFÍA

Hacemos referencia a la actividad meramente descubridora y exploradora de eclesiásticos que llegó a ser notable, tanto y de tal manera que, ante otra audien-

¹² Jerónimo CLOTA y Narciso GONZÁLEZ: *Diario*, RAH, col. Muñoz, III, 121 y ss.

¹³ B. G. CORNEY: *The quest and occupation of Tahiti by emissaries of Spain during the years 1772-1776*, Londres, 1913.

¹⁴ Tomás GAYANGOS: *Diario*, AGI., Lima, 1035; *Diario de Boenechea y Gayangos*, publicó F. DE LAS BARRAS DE ARAGÓN en el *Boletín de la RSG*, 1945-46.

¹⁵ Imagen cartográfica de la isla de *Tahití* de la expedición de Boenechea (Museo Naval de Madrid).

¹⁶ Cayetano LÁNGARA: *Informe del tercer viaje a Tahití*, AGI, Lima, 1035, dupl.

cia, obligaría a matizar sobre la pertinencia del calificativo. En varios congresos sobre la acción franciscana y dominica¹⁷ en el Nuevo Mundo se ha subrayado la importancia indiscutible que tuvo la aportación de miembros de la OFM, de la OP, de la SI y otras Órdenes a la Geografía americana en sentido lato, lo que también quiere decir en los océanos y hasta el Extremo Oriente. El tema está lejos de hallarse agotado en sus justos términos, más allá de los estrictamente misional, en aspectos antropológicos, científicos de la naturaleza, políticos, cartográficos y geográfico-ambientales, del impacto sobre el medio y de incorporación de unos espacios y hombres a los circuitos de la Historia Universal a través de la de España, en que quedaron integrados¹⁸. La participación de la Orden seráfica en nuevo mundos tuvo sus inicios muy tempranos, incluso antes del Descubrimiento, y su teatro de operaciones sobre todo los vastos espacios enunciados líneas arriba¹⁹. Su actuación, trabajos, penalidades y aportaciones alcanzaron un desarrollo máximo durante los siglos XVI y XVII sobre los territorios más poblados y de cultura material altamente evolucionada en América; sus logros, sin embargo, tampoco fueron pobres en todo lo referente a la ampliación de horizontes geográficos y puesta en contacto con pueblos de cultura poco evolucionada en esas dos centurias; unos ámbitos que se vieron ampliados durante el siglo XVIII y aún durante el XIX²⁰.

Los trabajos geográfico-descubridores llevados a cabo por aquellos frailes durante estos dos siglos merecen el calificativo de extraordinarios, con independencia de la valoración que quiera hacerse desde otros puntos de vista²¹. Penetraciones en los espacios septentrionales a la Nueva España simbolizadas en el clásico viaje de fr. Marcos de Niza permitirán efectuar una evaluación global sobre una macro región ignorada donde tuvieron cabida algunas leyendas geo-

¹⁷ M. CUESTA DOMINGO: «Descubrimientos náuticos en el interior continental», *Anais Hidrográficos*, XLIX (suplemento): 81 y ss. Manaos [1992], 2001.

¹⁸ M. CUESTA DOMINGO: «Aportaciones franciscanas a la geografía de América», *Actas del I Congreso Internacional sobre los Franciscanos en el Nuevo Mundo*, La Rábida, 1985, 537 y ss., así como: «Analogías y diferencias entre las expediciones y las crónicas de los Carvajal, O.P.», en *Los Dominicos y el Nuevo Mundo*: 213-245. Granada 1990; «Acción franciscana en la ampliación de fronteras», *Franciscanos en el Nuevo Mundo (siglo XVIII)*, Cholula-Puebla, 1991.

¹⁹ Aún considerándolo únicamente desde finales del siglo XVI y dejando aparte toda la acción geográfico exploradora, más allá de su actividad proselitista, durante la Edad Media.

²⁰ M. CUESTA DOMINGO: «Pervivencia de modelos de exploración territorial tras la Independencia de América del Sur», *Los Franciscanos en el Nuevo Mundo (siglos XIX-XX)*: 470-515. La Rábida, 1995 [Madrid, 1997].

²¹ M. CUESTA DOMINGO: «La Iglesia y los descubrimientos geográficos», *Apud P. BORGES: Historia de la Iglesia en América y Filipinas*, BAC, Madrid, 1992.

gráficas (*Cíbola, Quivira*, etc.). Los viajes de otros misioneros sirvieron para reafirmar el carácter más geográfico que proselitista de su acción. Sus escritos fueron acicate para otros miembros del cuerpo social virreinal, mineros, soldados, comerciantes y/o aventureros movidos a impulsos de las expresiones de aquellos frailes que tenían ese aspecto optimista que mueve a recordar el pensamiento o lema inicial de la Orden.

En el continente suramericano el proceso fue análogo, aunque el medio ambiente absolutamente dispar y no por ello más acogedor, ni siquiera más poblado. La demografía andina, desde tiempo inmemorial, había quedado concentrada en espacios determinados de la sierra o en micro territorios costeros. La «montaña», la inmensa llanura selvática y el piedemonte andino o «ceja de la montaña» presentaron dificultades extremas para el asentamiento, para la movilidad, para la interrelación y, también, para la difusión de nuevos complejos culturales. Un vasto espacio continental y marítimo que fue objeto de la actuación de valor geográfico de diversas Órdenes religiosas, de Predicadores (Carvajal o Berlanga), agustinos (Urdaneta), Compañía de Jesús (Font) y otros. Y, sin embargo, su obra descubridora no fue apreciada por los órganos de la Administración central que ni tan siquiera menciona el esfuerzo y logros conseguidos en la *Recopilación de leyes de los reinos de las Indias* (1681).

La ampliación de horizontes geográficos fue obra de individualidades como los frailes Felipe Luyando, Jerónimo Jiménez, Cristóbal Larios y otros, en torno a puntos estratégicos de claro valor en el mundo indígena y, por ende, para los grupos inmigrados que trataran de dominar el espacio (por ejemplo, el *Cerro de la Sal*). Para el propio grupo franciscano (colegio de Ocopa) de historia conocida y brillante por más que alguna escuela antropológica sea particularmente crítica con los trabajos de Manuel Biedma, Alonso Caballero y demás hermanos. Precisamente con la muerte de Biedma, el que fue llamado por Raimondi, el «genio de la selva», se alcanza un momento de recapitulación, de autovaloración y de cimentación de la obra franciscana. Las misiones, a fines del siglo XVII, se hallaban en crisis y total estado de agotamiento y destrucción. Unos fracasos iniciales que lejos de amilanar a los frailes, eran un aliento para su espíritu misional heroico que, incluso llegaban a ilusionarse ante la eventualidad de alcanzar los laureles del martirio. Era una mentalidad que les hacía constituirse en agentes de primer orden también para la expansión política y reconocimientos sobre territorios marginales o fronterizos en los que se originaba un encuentro cultural entre círculos distintos y, en ocasiones, bien distantes.

En el Mar del Sur los frailes habían logrado, y podían ofrecer, una notable ampliación de los conocimientos geográficos de valor incalculable; era el fruto de muchos trabajos a lo largo de los siglos citados (xvi y xvii). Fue una acumulación de experiencia y de conocimientos que constituían una fuente informativa de primera magnitud; válido para su Orden e igualmente útil para los círculos políticos de la Corona o sus autoridades delegadas²² y también tenía aplicaciones para asuntos económicos.

Si la información es riqueza, es poder y es poder hacer; eso fue todo lo conseguido cuando el siglo xviii inició su andadura. La realidad palpable mostraba una imagen de desolación y muerte, pero el campo había quedado abonado con la sangre de numerosos misioneros, lo que constituía un poderoso estímulo para gentes de aquella mentalidad e ideas. La nueva obra fue construida sobre esa base y resultó consistente y duradera. Al concluir la primera década del siglo xviii habían sido dados los pasos iniciales en el cambio de coyuntura en la historia misional, en el proceso de avance en la frontera, de ampliación de horizontes geográficos y de reordenación del espacio. En América del Sur el cambio dio comienzo en 1708 y tiene un nombre propio como propulsor: fr. Francisco de San José. En América del Norte²³ el año fue 1709 y el franciscano impulsor se llamaba Antonio de Olivares.

²² Las autoridades españolas en las Indias minusvaloraron los territorios de frontera selvática en oposición a los portugueses que apoyaban a sus hombres. El conde de Superunda, Virrey del Perú (1745-1761) expresó su idea con nitidez: «Los países no conquistados son unas selvas y montañas de difícil tránsito y los llanos muy húmedos, cenagosos y ardientes, por lo que no pueden mantenerse los españoles. Las naciones que allí habitan son bárbaras... Reducirlos por las armas se ha tenido siempre por imposible; respecto que con mudarse de un lugar a otro e internarse en lo más espeso de la montaña... quedan frustradas las diligencias, perdidos los gastos y expuestas muchas vidas por las enfermedades que se contraen», *Biblioteca Nacional de Madrid*, manuscritos, 3133, f. 56 y sg.

²³ En América del Norte existía un gran espacio, el gran Norte; como para los Estados Unidos fue el gran Oeste. Un territorio indefinido, «vacío» *turneriano* o como res *nullius* y, por ende, susceptible de ocupación, reordenación y explotación. Fue objeto de acciones interesantes geográfica y cartográficamente y los misioneros tuvieron un papel destacado. Fr. Antonio de Olivares relata una actuación en que sobresale el número de ríos que cruzó (San Marcos, Nueces, Frio, Jondo, Chapa, Chiltipique, Róbalos, Mediana, San Marcos, Guadalupe, Garrapatas, Salado, San Antonio, San Pedro, León), lo que equivalía a indicar lugares de asentamiento humano donde ejercer su alta labor cultural, de existencia de caza y comida en general, de agua y refugio, de algunos árboles, con todo lo que ello significaba. Más adelante fr. Silvestre Vélez de Escalante evangelizó entre los návajo, apache, yuta, comanche y pueblo; o fr. Atanasio Domínguez y su interesante viaje para «facilitar el más útil establecimiento de algún presidio y misión en las inmediaciones del río Gila y Colorado»; así como, fr. Francisco Garcés en su viaje y relaciona la «apachería» y hacia los «gileños» (la toponimia de los Estados Unidos recoge testimonial y abundantemente el esfuerzo). Así sucedió en el territorio de «Texas» en que tras la acción de algunos pioneros (De la Cruz, Larios, Buenaventura y demás) y, en el xvii, Mazenet, los franciscanos prosiguieron su obra misional y geográfica. Asimismo en la línea litoral, en las costas californianas septentrionales, en disputa entre potencias foráneas. Los nombres de Junípero Serra, Fernando Parrón y Juan Crespi son suficientemente conocidos; su aportación geográfica y cartográfica también.

Uno de los enlaces misionales entre América del Norte y del Sur fue establecido, en el siglo XVIII, a través de un personaje destacable: Fr. Francisco de San José que procedente del colegio de Guatemala; iba a ser el artífice del colegio de Ocopa, clave en la evangelización y no menos capital en el reconocimiento e incorporación de espacios fronterizos²⁴.

Su acción se enmarca en el llenado del vacío dejado por los jesuitas expulsos y que los franciscanos se esforzaron en cubrir con más entusiasmo que efectivos. Es el caso de Chiloé e islas adyacentes y región continental inmediata, que fueron adscritos al colegio de Chillán. Santa Rosa de Ocopa hizo lo que pudo; envió 16 franciscanos en una navegación, desde Lima, que duró 42 días hacia una región tan difícil como la de su origen, pero absolutamente dispar a las otras de referencia: ni árida como las del Norte de la Nueva España ni húmeda como la montaña andina, sino marítima y gélida de altas latitudes meridionales²⁵.

RODRÍGUEZ AGÜEROS Y AMICH

En este medio el primer franciscano a subrayar es fr. Pedro González Agüero cuya obra historiográfica es de gran importancia para la geografía histórica²⁶; tanto es así que fue utilizada por extranjeros contra los propios intereses españoles²⁷. Los trabajos de J. Heras²⁸ y la edición de Vázquez de Acuña han dado suficiente información e interesantes documentos cartográficos²⁹ tanto en lo referente a Chiloé, en su lugar, como sobre las islas de los Mares del Sur. Una

²⁴ En la montaña andina en los que fue capaz de reestablecer tres rutas (vía Tarma, Huánuco y Comas, respectivamente) abandonado la de Huanta de Apurímac que estableciera Biedma. Desde Ocopa hubo una proyección meridional, hacia Tarija (en el actual territorio boliviano) y Chillán (en el chileno) y, a impulsos del virreinato, hacia el Pacífico. En este último, la ampliación de horizontes geográficos y el reconocimiento de espacios ignotos fue del mayor interés. Protagonistas como el padre Menéndez (viejo amigo de Sobrevela).

²⁵ Tal era la dureza que en 1784 quedaban siete frailes y en 1791 solamente cinco. Lo común con las otras áreas era la escasez de población, la dificultad de movimientos, la ausencia de recursos y la posibilidad de enriquecimiento descubridor, geográfico y antropológico.

²⁶ Fr. Pedro GONZÁLEZ AGÜEROS y su *descripción historial*, Santiago, 1988.

²⁷ Las fuentes del padre RODRÍGUEZ AGÜEROS fueron su propia experiencia, como buen geógrafo del XVIII así como la lectura de Antonio de Herrera y Tordesillas, Ovalle, el cosmógrafo limeño Cosme Bueno y el jesuita Pedro Lozano.

²⁸ HERAS, J.: «Las fronteras en el Oriente peruano», en *Missions in Franciscan presence in the America*, The Boderlands, s.i.

²⁹ *Real Academia de la Historia*, manuscrito 5485.

cartografía³⁰ que, en parte (lo existente en la Real Academia de la Historia), tiene algo de corográfico y que es de indudable interés para la historia cartográfica de la región y de clara importancia en su momento; una cartografía que es complemento de un trabajo descriptivo geográfico ya citado.

Asimismo debe ser completado con las aportaciones de los padres Benito Marín y Julián Real³¹ misioneros del Colegio de Ocopa. Aún quedaba pendiente una de las misiones geográfica y geoestratégica encomendada a los jesuitas y que había quedado incumplida por razones obvias. Se trataba de la búsqueda y hallazgo de una ruta transandina para la exploración y reconocimiento de la parte central y meridional de los territorios hoy argentinos. Los franciscanos recogieron el testigo y efectuaron una serie de expediciones descubridoras (1778-1779), las de los padres Fernández y Sánchez, que fracasaron; les cerró el paso los derrumbes en sus ascensiones por los cursos fluviales del Palena (43° 30' de lat. Sur) y del Aisen (45°), a la búsqueda de un paso o puerto en la cordillera³².

Otra expedición, en paralelo, fue la desarrollada por fr. Francisco Menéndez (1799); fue proseguida por otras seis más del mismo franciscano (1783-1794)³³. La toponimia recuerda este esfuerzo que condujo a los franciscanos hasta el lago de Nahualhuapi³⁴.

³⁰ El «mapa de la provincia y archipiélago de Chiloé...» formado por Fr. Pedro GONZÁLEZ AGÜERO, tiene una escala de 20 leguas al grado y comprende, aproximadamente, entre los 41° 30' y 43° 30' de lat. S. Al decir del informe de la Real Academia de la Historia es bueno para quienes «no exigen exactitud náutica». De cualquier modo representa un territorio más concreto que el dibujado por el jesuita José García en el mapa (1768) que acompaña a su Diario del viaje y navegación desde su misión de Caylín, en Chiloé hacia el sur, en los años 1766 y 1767, pp. 386 a 387. Ver, asimismo, J. HERAS: «Expediciones de los misioneros franciscanos de Ocopa (1709-1786) por el padre Pedro González Agüeros», *Archivo Ibero-Americano*, XLV, 177-178: 3 y ss., Madrid, 1985.

³¹ Extracto de la expedición que los padres ..., misioneros del Colegio de Ocopa y destinado a las misiones del Archipiélago de Chiloé, hicieron a últimos del año 1778 y principios de 1779, a los archipiélagos de Cuaitecas y Guaianeco, al sur de aquella provincia, en solicitud de los indios gentiles; siendo gobernador del archipiélago don Tomás de Jáuregui y presidente de aquellas misiones el padre predicador misionero apostólico fr. Juan Bautista Pariano.

³² Simultáneamente se efectuaron otras dos expediciones cuya aportación geográfica fue más amplia. Sus protagonistas fueron los padres Marín y Real que exploraron el archipiélago de los Chonos, Guaytecas hasta los 47° de latitud meridional. Tuvieron ocasión de admirar un conjunto laberíntico de canales y pasos en un paisaje particularmente hermoso de glaciares y lagos pero alejado de los objetivos del viaje.

³³ F. FONCK: *Libro de los diarios de fr. Francisco Menéndez*, Valparaíso, 1896.

³⁴ El padre Menéndez supo dosificar actividad y reposo para, conforme a la climatología, poder no sólo supervivir sino incluso avanzar. Buen marino y excelente andinista tenía grandes dotes de observación; es obvio, pues, que sus aportaciones a la geografía sean tan interesantes. Fueron objeto de su atención los cambios de vegetación, formaciones rocosas, divisoria de aguas, glaciares, morrenas, icebergs, lagos, nieve y hielo así como, también, sus pobladores.

Un espacio menos extremoso desde el punto de vista geográfico, pero especialmente duro y difícil por su población desde la época «heroica», fue la Araucanía³⁵. La actividad misional se apuntaba el único éxito de hacer que los abundantes niños que morían lo hicieran bautizados: «el fruto que se coge es que cada año se hacen sobre cinco o seis mil bautismos de adultos y párvulos, y de éstos, según la experiencia, mueren la mayor parte, y van a gozar la eterna felicidad...»³⁶.

Fue en la segunda mitad del siglo cuando los franciscanos ejercieron su misión con solidez y continuidad en la Araucanía, pero sin que en los aspectos geográficos descubridores fuera una actuación particularmente reseñable. El padre Espiñeira³⁷, fr. Pedro Ángel y otros hicieron avanzar la frontera hasta las cabeceras del río Malleco y, en la década de 1770, al sur de Valdivia³⁸.

En cuanto a las aportaciones del padre Amich merecen ser destacadas algunas³⁹: Es particularmente interesantes el «Mapa de lo interior y menos conocido del río del Perú...», 1780, realizado por los padres fr. Francisco Álvarez de Villanueva y Joseph Amich⁴⁰.

Es importante la obra de Amich que se halla en la Cartoteca del Centro Geográfico del Ejército, Madrid. Perú-28: «Mapa de lo interior y menos conocido del Río del Perú, origen del caudalósísimo Marañón o Amazonas, y otros muchos ríos que desaguan en éste. 1780. Fr. Francisco Álvarez de Villanueva y Fr. Joseph Amich, de las misiones del Colegio de *Propaganda Fide* de Santa Rosa de Ocopa. E: 1/2.385.360. Gráfica de 50 leguas marítimas (113 mm.). Comprende entre los grados 2º y 13º de lat. S.; 296º y 308º de long. O de la isla de Hie-

³⁵ Los franciscanos, antes del siglo XVIII, permanecieron poco tiempo en Moquehua pero su estado de indigencia les hizo abandonar y si es cierto que los jesuitas pudieron dar un empuje a la evangelización en aquella región también es verdad que las sublevaciones araucanas de 1723 dieron al traste con aquellos establecimientos de índole religiosa.

³⁶ Apud C. GAY: *Historia física y política de Chile* (Documentos): A. CASARRUBIAS: «Memorial dirigido a la junta de misiones», I, París, 1846.

³⁷ P. A. de ESPÍNEIRA: *Relación del viaje y misión a los Pehuenches, 1758*, Archivo Nacional de Santiago, 2996, 1.º.

³⁸ F. DRENA: «Relación histórica de las misiones capuchias en Araucanía, Chile».

³⁹ Más allá de su obra histórica: *Historia de las misiones del Convento de Santa Rosa de Ocopa* (ed. de J. HERAS), Lima, 1988.

⁴⁰ M. CUESTA DOMINGO: *La Amazonia. Primeras expediciones*, Ed. Turner, Madrid, 1994, Centro Geográfico del Ejército, Cartoteca, LM-9.º-1.º-a.N.º 227.

ro. Proyección mercátor, posiblemente. Representación planimetría. Grabado en negro. Dedicado a Carlos III por mano del Secretario de Estado, José de Gálvez. Cuadrante de orientación con media lis. Sig. LM-9-1-a-227. Cartela con fauna y flora para el título. En toda la parte superior dibujos de sacrificios de misioneros por los indios, en la parte inferior derecha, explicación de misiones en que ha trabajado la orden de San Francisco desde el año de 1731 y nombre de los misioneros muertos desde entonces. Es curioso apreciar cómo se ha diseñado la viñeta superior en forma de sucesión de imágenes que plasman el movimiento, aunque estén distribuidas alternando en torno al eje central, que es el final, del símbolo de la Orden. El inicio es el reposo de dos indios en sus hamacas que atacan y flechan a un franciscano, hieren mortalmente con un hacha y, finalmente, se desploma.

Y, asimismo, tiene el mayor interés aunque no presente tanta brillantez y tanto atractivo el diario conteniendo «los acontecimientos particulares en el puerto de Santa Cruz de Ojatitura, al regreso de la isla de Orayatea», y de otro extracto más con el título «De lo que experimentaron los religiosos misioneros fr. Gerónimo Clota y fr. Narciso González en los indios gentiles de la isla de Otahití, e inmediatas, desde el 28 de enero de 1775 en que se situaron en ella, hasta el 12 de noviembre del mismo año que se retiraron para el puerto del Callao de Lima», según consta del Diario que entregaron al «Excelentísimo Señor Virrey del Perú».

EN EL ÁREA RIOPLATENSE

Unas líneas son suficientes para no olvidar este gran espacio menos, aunque suficientemente, conocidas son las actividades en una región periférica, la más alejada de cualquier centro hispánico suramericano. Distante de las bocas del Plata, lejos de Perú y Chile y con población indígena escasa, los núcleos erigidos por españoles solían ser efímeros⁴¹.

⁴¹ Los escritos del gobernador a la Corte eran claros: «los indios se hallan consumidos, y disipados sus pueblos de pestes que ha habido... es lástima ver los pueblos desiertos totalmente y otros con muy corto número... la jurisdicción de Santiago, que fue de muchos y numerosos pueblos, no llegan a 500 indios los que hoy tiene... En la ciudad de Córdoba aún se halan más disipados los pueblos y desiertos, y apenas se hallarán cien indios... La ciudad de Esteco no llega a treinta indios los que tiene, la de Jujuy y Rioja y San Juan de la Rivera de Londres tendrán entre todas de 600 a 700 indios». *Apud J. FREYRE: El Tucumán colonial*, 132 y ss.

El mapa del Paraguay, de los jesuitas (1733), y el del Tucumán, del padre Jolis (1767-1789), muestran un conocimiento macroscópico de la región pero serán unas actividades escasamente conocidas de la OFM las que contribuirán a un conocimiento minucioso, corográfico, de aquel espacio. Es el realizado en la «navegación», el reconocimiento y descripción del territorio, ahora argentino, entre Jujuy y Salta, desde el río Ledesma hasta Corrientes, realizado por fr. Francisco Murillo, en expedición remitida por el virrey de Buenos Aires el año de 1780. Fray Francisco Murillo, en su informe-descripción hace mayor énfasis en los aspectos geográficos que en los puramente misioneros. Sus observaciones muestran el centro distribuidor de aguas llamado cerro de Calilegüa y la red fluvial que hubo de recorrer en una barca en estado precario y dos canoas. El padre Murillo habla de la confluencia de los ríos, de los sondeos que hace continuamente (entre 1/4 y 6 varas de profundidad), del cambio de dirección del curso de las aguas aunque con una dominante (la del Este), la calidad de sus aguas, el medio natural de sus márgenes, el número y relaciones con la «indiada» que va hallando a su paso (hasta un total de 1.500 de diversos grupos), la producción y el intercambio de regalos (choclo y chuñu, por parte de los indios; tabaco por parte de los españoles) y los ríos que va navegando o que ve desembocar en el que navega (Ledesma, Jujuy, Ocoyos, Sora, Playas, Piedras, Seco, Colorado, Santa Cruz, Tarija o Grande, Senta, San Andrés, San Ignacio, Ysuya, Grande o Bermejo, Santa Rita o Mais Gordo, Dorado, San Antonio o Conchas, Bermejo y Paraguay. Todo ello en un lenguaje sobrio pero claro y con el uso de vocablos náuticos con precisión (chusma, quilla, práctico, encalló, calafateo, etc.)⁴². Finalmente, en este mismo ámbito, es oportuno mencionar los trabajos descubridores y descriptivos de Fr. Antonio Lapa, cura doctrinero de la reducción de Nuestra Señora del Pilar de Macapillo y cuyo fruto documental son sus «Diarios ejecutados a los países del gran Chaco»⁴³. Su viaje tuvo lugar en el ámbito de los mocobíes y, como en el caso del padre Murillo, su informe es de notable interés para la geografía histórica de aquella región argentina aunque menos rica en aportación de datos que nunca son despreciables: tolderías, pozos, grietas en la superficie terrestre, ríos, lagos y charcas, medio ambiente (felino, etc.), relaciones entre indígenas, y una minuciosa relación de leguas recorridas por días y dirección de sus jornadas. Todo ello, como se ha indicado, en el territorio exis-

⁴² Su informe fue titulado por él mismo de la siguiente manera: «Diario general del viaje fluvial que yo, fray Francisco Murillo, del Orden Seráfico, voy describiendo, de los sucesos y acaecimientos observados en el descubrimiento de los ríos de Jujuy, Tarija y Grande...».

⁴³ BN, ms. 18745-8.

tente entre Corrientes y Santa Fe, Salta, Macapillo, etc. Asimismo ofrece algunos datos etnográficos que son tanto más interesantes cuanto menor es la afluencia de fuentes documentales⁴⁴.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Los misioneros, hombres sin fronteras, fueron pioneros en el avance sobre lugares continentales e insulares más extremos y lucharon por difundir el modo de vida hispánico y extender la escala de valores cristiana occidental más allá de los intereses políticos y por encima de los de los traficantes. Acorde con los tiempos, se organizaron sistemáticamente según cada congregación en un particular consejo directivo que quedó de alguna manera centralizado con la creación de *Propaganda Fide*, verdadero «estado mayor». Cada casa central de Orden religiosa tenía su propia biblioteca y archivo, su colección de curiosidades antropológicas o de la naturaleza; la vaticana su centro cartográfico e imprenta polígota y su archivo que, sumado al de las Órdenes, era (y es) de indudable valor.

Su labor de rectificado de cartas, dibujado de otras nuevas, traslado de cultivos, introducción de nuevas especies agrícolas y animales y trazado de rutas, así como su lucha contra la miseria, enfermedad e ignorancia, se hallan por encima de valoraciones extemporáneas (y, por cierto, frecuentemente desacertadas) sobre el carácter y consecuencias de su labor aculturadora; tienen una realidad científica y geográfica a estudiar y evaluar.

La aportación francisca durante el siglo XVIII a la geografía americana y del Pacífico ha sido importante; las obras de Amich, Sobreviela, González Agüero, Menéndez, Escalante, Serra, etc., son capitales para el conocimiento del medio físico y de la demografía y población indígena, del proceso de cambio, patrones

⁴⁴ Cura doctrinero de la reducción de Nuestra Señora del Pilar de Macapillo y cuyo fruto documental son sus «Diarios ejecutados a los países del gran Chaco». Su viaje tuvo lugar en el ámbito de los mocobies y, como en el caso del padre Murillo, su informe es de notable interés para la geografía histórica de aquella región argentina aunque menos rica en aportación de datos que nunca son despreciables: tolderías, pozos, grietas en la superficie terrestre, ríos, lagos y charcas, medio ambiente (felino, etc.), relaciones entre indígenas, y una minuciosa relación de leguas recorridas por días y dirección de sus jornadas. Todo ello, como se ha indicado en el territorio existente entre Corrientes y Santa Fe, Salta, Macapillo, etc. Asimismo ofrece algunos datos etnográficos que son tanto más interesantes cuanto menor es la afluencia de fuentes documentales.

de asentamientos, producciones, clima, vegetación, costumbres, modos de vida y de adaptación, hidrografía, clima y todos los aspectos de las denominadas ciencias humanas. Los frailes estuvieron a la altura de las circunstancias y de su tiempo, participaron en expediciones científicas o así denominadas sobre ámbitos oceánicos y aportaron su saber profano que fue bien recibido y considerado, sin abandonar su alta misión religiosa.

Se mostraron agentes óptimos para la ampliación de horizontes geográficos y puesta en contacto con otras culturas, nuevas e ignotas. Por su actitud, viendo en la naturaleza, inmensa, un conjunto de maravillas, considerando al mundo aborigen (desvertebrado, incomunicado, aislado, todo ello con matices) con su particular óptica de fraternidad universal. La resultante fue la integración del medio y el hombre merced a la difusión de una lengua franca, de una escala de valores común y de una normativa jurídica general.

En todos los medios, merced a su ideología, mentalidad, actitudes y aptitudes, fueron capaces de adaptarse y sacar el mejor provecho de su situación, haciendo que su experiencia resultara vital para los hermanos que les sucedieron y clave para los medios políticos de la Corona a la que pertenecían. Sus trabajos lingüísticos y escritos de carácter puramente cultural tampoco son materia a menospreciar; contribuyeron a la supervivencia de complejos culturales indígenas tanto o más como se les atribuye a la destrucción de otros. No obstante, sus materiales documentales han sido utilizados con entusiasmo por los nacionalismos iberoamericanos para la defensa de sus límites territoriales.

Otra cosa es el impacto producido que, en algunos casos, pudo ser considerable y hasta negativo, pero nunca deseado y siempre inevitable; el proceso de difusión cultural no encuentra barreras a su progreso ni es discutible, simplemente, es.

En conclusión, desde el punto de vista científico (no religioso) acumularon una ingente cantidad de información documental. Redactada con fines distintos a los estrictamente geográficos y antropológicos de interés en nuestros días, sus contenidos presentan unas notas de objetividad, de testimonialidad irrefutable. Su valor político queda subrayado por tener su desarrollo en una época de impotencia hispana frente a las marinas europeas, de desprestigio de la Corona, de pérdida de territorios, en que, los misioneros, por el contrario, contribuyeron al engrandecimiento territorial de los reinos de las Indias.

En el Pacífico contribuyeron al descubrimiento de islas, especialmente las de Tahití⁴⁵. Sus diarios y mapas (Museo Naval, Centro Cartográfico del Ejército de Madrid, Archivo General de Indias de Sevilla y Real Sociedad Geográfica de Londres) divergen en sus apreciaciones etnográficas. La falta de difusión rápida de sus trabajos y logros frente a la publicación de los protagonizados por diarios ingleses, sobre todo, hizo que los descubrimientos y exploraciones protagonizados por los españoles tardaran mucho en ser reconocidos y, en consecuencia, su repercusión toponímica es mucho menor.

⁴⁵ Aún en 1866 las islas de Tahití jugaron un papel estratégico de retorno, cuando fueron punto de reunión para las naves de la flota de Méndez Núñez después del combate del Callao.